

EL doctor Erhard ha dado vida, ha dado realidad a sus ideas, cosa que con las ideas sucede raramente.

Y su hacer, su hazaña, ha consistido en salvar a un pueblo del caos, de la dependencia y mediatización y, en suma, de un estado de profunda crisis no sólo material, sino también moral. Todo acto de salvación es, en efecto, un milagro, y el doctor Erhard ha sido el principal artífice de ese milagro.

El mayor tributo que se puede rendir a un hombre así es tratar de entender su obra. Lo cual nace de una idea o, mejor, de un conjunto de ideas sencillas y claras llevadas a la práctica con una gran decisión, con una gran fe. Todo esto "a posteriori" parece fácil, pero en verdad nada más difícil que tener ideas claras y sencillas, y más en una situación caótica como la de la Alemania de la posguerra; nada que necesite más esfuerzo y coraje; en esas mismas circunstancias, que el llevarlas a la práctica, el imponerlas. Cuando él se decidió a actuar era la gran época del dirigismo, del intervencionismo, que en la Alemania ocupada resultaba un sistema todavía más complejo e intrincado que en países políticamente normales. El doctor Erhard, de la noche a la mañana, acabó con todas esas prácticas tan extendidas, declarando libre la circulación de mercancías mediante el restablecimiento de la vigencia de la ley de la oferta y la demanda; es decir, la ley que da vida a una economía de mercado.

Y el resultado, contra todos los augurios, no fue el paro, ni la escasez, ni el alza especulativa de los precios, ni el empobrecimiento; sino, al contrario, la abundancia, y no ya el pleno empleo, sino el superempleo, el endurecimiento del marco, la elevación inverosímil del nivel de vida.

Estos son hechos, y hechos notorios; pero ¿cómo interpretarlos: como una victoria del liberalismo sobre las tendencias socializantes y planificadoras?

El liberalismo y el socialismo coinciden en lo fundamental. Tanto uno como otro tienen la misma fe en el hombre, en su poder y capacidad ilimitadas, pero no ya como un ser religado, sino desligado de Dios. A ese poder y capacidad lo que más se opone, lo que le hace más resistencia y desafío es el estado de indigencia y de menesterosidad en que viven los más de los hombres. Tanto, que para el marxismo esta peculiar situación "económica" del hombre constituye la primera forma de alienación, la más radical, la que le priva del señorío sobre sí mismo, la que lo esclaviza a la naturaleza, animalizándole, privándole de su racionalidad, de su libertad.

Frente a este problema, tan antiguo como el hombre mismo, el liberalismo y el socialismo adoptan un enfoque nuevo: el de resolverlo colectivamente, no para unos pocos privilegiados, como ocurría desde siempre, sino prácticamente para la inmensa mayoría, para todos.

Lo que difieren son las vías, los caminos. El liberalismo es individualista, y hasta cierto punto anarquista. Pero no porqué renuncie o prescinda del bienes-

EL DOCTOR ERHARD Y EL NEOLIBERALISMO

tar colectivo y de la necesidad de un orden público, sino porque cree que para alcanzar una y otra cosa el mejor camino y el más eficaz es el que se basa en la iniciativa y acción individual dejada a su propio libre juego; es decir, interferida o mediatizada lo menos posible por la acción del Poder político. El marxismo parte, por el contrario, de una acción colectiva y planificada para llegar a la libertad del hombre en el "status" de la sociedad sin clases, en la que el poder y la coacción del Estado deja de tener asimismo razón de ser una vez destruido el pecado original de la propiedad privada, causa primera de todas las formas del desorden social.

El liberalismo es, como se sabe, cristianismo secularizado, sobre todo en su forma protestante: la salvación, problema de conciencia individual que libremente, y no autoritariamente, interpreta el mensaje cristiano. El marxismo es Antiguo Testamento. La salvación no es individual, sino para el pueblo de Israel como un todo; es decir, para el pueblo de los desheredados, de los desposeídos, de los pobres, los que están circuncidados, por así decirlo, de la riqueza individual, que no puede ser más que usurpación, despojo.

Entre estos dos extremos, y siempre con la misma mira de encontrar la puerta o paso que conduzca de la tierra maldita que produce espinas y abrojos a la tierra prometida que mana leche y miel, la Humanidad actual busca una "tercia vía", siempre la más verdadera, la más humana.

Los fascismos, los corporativismos, tanto los socialismos nacionales como otras variadas formas y matices de socialismo; el nuevo "deal" de Roosevelt, la "nueva frontera" de Kennedy, y principalmente la economía social de mercado del doctor Erhard, no son más que variaciones sobre este tema de la "tercia vía", bien que algunas de estas vías hayan constituido a su vez, en sí mismas, una desviación todavía más radical e inhumana que aquello mismo que querían combatir.

Fijemos nuestra atención en la economía social de mercado. La actuación u operación del doctor Erhard no tiene nada que ver con una pura vuelta al liberalismo. Porque ciertamente suprimió controles e intervenciones que son prácticas antiliberales típicas, pero esto lo hizo al mismo tiempo que respetaba una estructura económica que nada tiene de liberal. A saber: un fuerte movimiento obrero sindical; la cogestión; una presión fiscal que no sólo mira al levantamiento de las cargas públicas, sino a la redistribución de la renta nacional; una dirección y ordenación del crédito; regulaciones antimonopolísticas; diversas formas de protecciónismo sobre la agricultura, sobre el comercio exterior; construcción de viviendas protegidas, juntamente con otras formas de paternalismo de Estado, etcétera, etc. ✓

En suma, lo que el doctor Erhard ha respetado han sido las reglas del juego. Y las reglas del juego económico son

como las de todo juego: que haya y se mantenga lo más posible una igualdad básica, un equilibrio de fuerzas entre los factores en presencia. Una igualdad, un equilibrio; es decir, una justicia. Todo lo cual, a su vez, comporta un juez de campo, un árbitro.

Esta doble exigencia la desconocía la doctrina del "dejar hacer, dejar pasar". Y la desconocía porque estaba imbuida de una de las doctrinas que más han contribuido a la formación de la mentalidad moderna: la de lucha por la vida y la selección natural. Ahora bien: ciertamente hay lucha por la vida; pero no hay ni puede haber selección natural. La naturaleza, "naturalmente", no puede más que eliminar, pero no puede seleccionar. No hay selección sin seleccionador; es decir, sin una inteligencia que sopesa y elige. Los agentes o fuerzas físicas, en cuanto tales, son ciegos (las aguas del diluvio hubieran arrastrado también a Noé, no obstante que él era justo); y sólo pueden dejar de serlo en cuanto instrumentos de una conciencia personal. En otras palabras, la selección natural únicamente puede tener sentido si es sobrenatural. Pues bien: la misma arbitrariedad y la misma injusticia presiden un juego económico sin reglas y sin arbitraje.

Tiene que haber una ecuación entre los que poseen y los desposeídos; entre las cargas y exigencias públicas y los obligados a levantarlas; entre los que disponen y los que necesitan del crédito; entre el sector público y el privado de la economía; entre la economía nacional y las exteriores, etc., etc. Es decir: tiene que haber una justicia que es el entramado o esqueleto que sostiene una sociedad de hombres libres.

Claro que antes de igualar o equilibrar términos o factores en presencia tienen que existir éstos. En economías raquílicas también cabe la justicia, pero será una justicia raquílica. Mas éste de crear o levantar una economía sí que es hoy un problema técnicamente resuelto. Con disciplina, determinadas ayudas exteriores y una mezcla dosificada de libertad y coacción, esto se produce en un tiempo sorprendentemente corto.

Hace falta además, por supuesto, fe y entusiasmo. Pero lo que hay que despreciar es una mística del trabajo, una mística de la prosperidad, de la tierra prometida, de la sociedad humana "evolucionada", seleccionada, sea por vía liberal o planificada, que no es más que la mística de la necesidad y la estulticia humanas.

No hay más mística, no hay más misterio que el de Cristo. Mas el cristianismo no es un hecho, sino un hacer insondable y maravilloso. Y si la sombra del materialismo, sea cualquiera su signo, ha servido y está sirviendo como de candela y pantalla de esa gran luz verdadera, entonces podemos decir: bienvenido sea el "hermano" materialismo.

Antonio GARRIGUES